

Trabajar en las casas, construir para el barrio. Reflexiones a partir del análisis etnográfico de mujeres en cooperativas y programas sociales

PACÍFICO, Florencia Daniela /CONICET- Seanso- ICA, FFyL, UBA - flor.pacifico@gmail.com

Tipo de trabajo: ponencia

- » *Palabras claves: mujeres, trabajo reproductivo, cooperativas, etnografía*
- » *Resumen:*

En esta ponencia presentaré avances de mi investigación doctoral en curso orientada a analizar las prácticas cotidianas de mujeres que integran cooperativas de trabajo conformadas en el marco de programas sociales. Mis reflexiones se inscriben en una línea de investigación más amplia que ha venido analizando experiencias de gestión colectiva de trabajo y sus modalidades de vinculación con formas de gobierno. Desde noviembre de 2014 he realizado observación participante en espacios de formación y jornadas laborales, promovidas por el Programa de Ingreso social con trabajo, así como acompañando a las integrantes de las cooperativas en sus espacios domésticos y actividades de militancia política. En esta oportunidad, me interesa desplegar algunas reflexiones preliminares acerca de cómo se construye cotidianamente el trabajo de una de las cooperativas, focalizando en el modo en que dicha construcción implica en algunos casos la redefinición de los límites entre lo productivo y lo reproductivo. Específicamente, desde julio de 2016, he venido acompañando las jornadas de una cooperativa del “Argentina Trabaja” que integra la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular en el distrito bonaerense de Pilar. La cooperativa realiza tareas de refacción y construcción de viviendas, desarrolla huertas familiares en las casas de sus integrantes y gestiona un merendero y comedor para los habitantes de sus barrios. Definir este conjunto de tareas como trabajo, implica en muchas oportunidades reivindicar el carácter productivo de las tareas que son realizadas “en las casas” y que tienen como fin último satisfacer las necesidades de las familias y el bienestar de los vecinos. Conocer las necesidades del barrio y realizar actividades orientadas a cubrirlas resulta así un aspecto central en el que se apoya la construcción cotidiana de la cooperativa, y la producción de una imagen de compromiso y voluntad. Desde un abordaje etnográfico y retomando los aportes de la economía feminista, me propongo reflexionar acerca de los modos en que las mujeres de sectores populares que integran cooperativas desarrollan prácticas orientadas a conceptualizar el trabajo trascendiendo posturas androcéntricas. .

» **Introducción**

En esta ponencia presentaré avances de mi investigación doctoral en curso orientada a analizar las experiencias cotidianas de mujeres que participan en cooperativas de trabajo conformadas en el marco de programas sociales. Mis reflexiones se inscriben en una línea de investigación más amplia que ha venido analizando prácticas colectivas de producción de bienes, servicios y cuidados desarrolladas por sectores populares en articulación con formas de gobierno. Partiendo de un enfoque etnográfico colaborativo, desde el equipo de investigación que integro se desarrollaron una serie de reflexiones en torno a los modos en que sectores subalternos llevan adelante prácticas colectivas orientadas a la producción y reproducción de la

vida.¹

Retomando estos aportes, mi investigación para la tesis doctoral se ha centrado en el análisis de las experiencias de mujeres de sectores populares que participan en programas sociales, atendiendo tanto a las actividades promovidas por estas políticas- la contraprestación en actividades laborales y educativas-, como a un conjunto más amplio de situaciones de la vida cotidiana- participación en organizaciones políticas, realización del trabajo doméstico y de cuidado, entre otros. Así, desde noviembre de 2014 he venido llevando adelante mi trabajo de campo realizado observación participante en espacios de formación y jornadas laborales promovidas por el Programa de Ingreso social con trabajo (en adelante PRIST), así como acompañando a las integrantes de las cooperativas en los espacios domésticos y actividades de militancia política. El PRIST fue lanzado en el año 2009 desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y se propuso el fomento de la "inclusión social" mediante la creación de cooperativas de trabajo y la transferencia de un ingreso monetario a sus integrantes. Estas cooperativas se dedicaron en una primer instancia a realizar tareas de mantenimiento y obra pública, desarrollándose posteriormente una diversidad de proyectos productivos y de servicios. Actualmente, esta política consta de dos líneas de intervención: el "Argentina Trabaja" (2009) y "Ellas Hacen" (2013). Este último programa fue dirigido exclusivamente a mujeres desocupadas que tengan 3 o más hijos/as a cargo y/o sufran violencia de género.

El Argentina Trabaja es gestionado a través de entes ejecutores locales, tales como los gobiernos municipales u organizaciones y movimientos sociales. En este sentido, la gestión cotidiana del programa ha ido adquiriendo características particulares de acuerdo a la trama de relaciones locales en las que se inscribió, construyendo una forma particular de relaciones entre Estado y organizaciones sociales (Natalucci, 2012; Hopp y Frega, 2012; Fiszman, 2016). Periódicamente, los movimientos sociales que forman parte de su gestión cotidiana llevan adelante reclamos por mejoras en las condiciones de la política, tales como aumentos en los ingresos monetarios, la ampliación de la cobertura, el suministro de materiales e insumos para llevar adelante obras y mercadería para gestionar merenderos y comedores infantiles en los barrios de los/as cooperativistas.

En este trabajo, indagaré acerca de las prácticas cotidianas de una cooperativa del "Argentina Trabaja" que forma parte de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) y el Movimiento Evita, poniendo el foco en cómo se define el carácter "productivo" de las actividades que realizan. Mi análisis consistirá en algunas reflexiones parciales que se nutren de una primera etapa de trabajo de campo realizado junto a la cooperativa "Juntos Podemos", del distrito Bonaerense de Pilar. La misma, se dedica a las tareas de refacción y construcción de viviendas, el mantenimiento de espacios públicos, el desarrollo de huertas familiares en las casas de sus integrantes y la gestión de un merendero y comedor para los habitantes de sus barrios. De modo recurrente, los/as integrantes de Juntos Podemos remarcaron que lo que ellos/as hacen cotidianamente consiste en "inventar" su propio trabajo, retomando en esta formulación los planteos y reivindicaciones de la CTEP. Esta Confederación se formó en 2011 y nuclea a una diversidad de movimientos y organizaciones sociales y políticas. La CTEP se define a sí misma como la organización gremial de aquellos/as trabajadores/as que excluidos/as del mercado laboral se han "creado su propio trabajo para sobrevivir", quienes son definidos como trabajadores de la economía popular.² Entre las reivindicaciones más importantes de la CTEP se encuentra la equiparación de derechos de estos trabajadores con aquellos que se desempeñan en el ámbito formal o se encuentran bajo relación de dependencia. Un aspecto interesante de la propuesta de esta confederación es que, al definir como trabajo a todas aquellas actividades, realizadas para "ganarse el pan" o "sobrevivir", se incluyen también aquellas que desde la economía feminista son definidas como trabajo reproductivo o "de cuidado".³

Esta ponencia se propone un análisis de la "invención" cotidiana del trabajo y la construcción política de la cooperativa Juntos Podemos, focalizando en los modos en que se definen y redefinen los límites de la

¹ Proyectos UBACyT Programación 2014-2017: "Etnografía de procesos de organización colectiva del trabajo en sectores subalternos: entre lógicas racionales, prácticas creativas y dinámicas políticas" y PICT 0659-2015. "Prácticas políticas colectivas, modos de gobierno y vida cotidiana: etnografía de la producción de bienes, servicios y cuidados en sectores subalternos". Ambos estándares dirigidos por la Dra. María Inés Fernández Álvarez están radicados en el Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

² Desde el planteo de la CTEP, la economía popular está compuesta por una amplia variedad de actividades realizadas por diversos actores tales como cartoneros, vendedores ambulantes, cuidacoches, feriantes motoqueros, entre otros e incluyendo también a aquellas personas que realizan trabajo doméstico- sea o no remunerado- y a integrantes de cooperativas formadas en el marco de programas sociales. Como sindicato, la confederación se organiza según ramas de actividades, entre las que se encuentran la Rama de Trabajadores de los Espacios Públicos, la Rama Textil, la Rama Cartonera, la Rama Náutica, entre otras.

³ En sus cuadernillos de formación, las "amas de casa" son incluidas como trabajadoras domésticas y de cuidado (Pérsico y Grabois, 2014)

categoría “producción”. Partiendo de reconstrucciones etnográficas, sostengo que para muchos de sus integrantes, el trabajo realizado adquiere importancia en tanto se orienta hacia la resolución de necesidades de gran importancia para las vidas propias y de sus vecinos, resaltando la relevancia de construir acciones por y para el barrio, cuyos resultados puedan ser durables por fuera de la jornada laboral. Recuperando los aportes de aquellas miradas feministas de la economía que resaltan a la interdependencia como condición general de la vida humana (Yayo Herrero, 2013; Pérez Orozco, 2014), sostendré que mediante una diversidad de actividades “inventadas” cotidianamente, la cooperativa procura construir “mejoras en las vidas”, proyectando y diputando bienestares (Fernández Álvarez, 2016). En este camino, se interpela a la categoría de “producción”, ensanchando sus límites para incluir a aquellas acciones orientadas a cuidar la vida propia y ajena. Finalmente, propongo algunas líneas de análisis sobre las cuales continuar indagando al respecto de cómo se organizan y distribuyen los trabajos entre hombres y mujeres de la cooperativa, considerando tanto lo que sucede durante las jornadas de trabajo como en la organización de la vida familiar.

La cooperativa Juntos Podemos: construir con el barrio

Eran cerca de las 9 de la mañana de un jueves de julio y ese día la cooperativa Juntos Podemos refaccionaba la casa de una de sus integrantes. Arreglaban el techo y las paredes de su vivienda. Dos integrantes de la cooperativa revocaban la habitación principal subidos a un andamio que habían improvisado con una escalera y una tabla de madera. Otro cortaba unos troncos, mientras el resto se dividía entre preparar la mezcla y cebar algunos mates. Además de los integrantes de la cooperativa, los hijos de la dueña de casa también estaban en la casa. El mayor con su novia, sentado en una silla del patio delantero. Los dos más chicos corrían por el pasto y eran alertados de que tuvieran cuidado con las herramientas. Al cabo de un rato, alguien les sugirió que se trasladasen a jugar a la placita de en frente, aquella plaza que la misma cooperativa se encargaba de poner en condiciones cada cierto tiempo. Con tantas personas trabajando, la casa no era un lugar seguro para los chicos inquietos.

Con Silvia, la presidenta de la cooperativa, fuimos saludando a quienes estaban allí. Un rato antes, mientras caminábamos por el barrio, ella me había puesto al tanto de las actividades previstas para la jornada. Era día de trabajo en la cooperativa y luego se pondría en marcha el merendero, que tenía lugar en su casa. Silvia interrumpía el paso para saludar gente. Una vecina, además de saludarla, le pidió asesoramiento. Su hijo estaba detenido y en la comisaría no la habían tratado bien. Se despidieron, la vecina con las indicaciones para llevar su consulta a la oficina de Violencia Institucional, Silvia diciéndole que la busque por su casa a la noche para comentarle cómo le fue. Nos deteníamos también para circular invitaciones. A los/las niños/as del barrio, Silvia les recordaba el lugar y horario del merendero. A los/as adultos/as, les comentaba sus ideas acerca de la organización del barrio: “Tenemos que armar un frente vecinal. Lograr que nos arreglen el asfalto de estas calles. Cuando llueve, el barrio es intransitable”. Una vez que estuvimos en la obra, ella compartía con sus compañeros/as de cooperativa las mismas inquietudes, mientras repasaban las tareas que estaban pendientes para ese día: buscar maderas para prender el fuego en el merendero, amasar las tortas fritas, cortar el pasto de la canchita, continuar el revocado de las paredes, preparar el almuerzo.

- Yo voy a comprar para cocinar- dijo la dueña de la casa-

- ¿Qué vas a hacer?

- Pensaba un guiso, no?- propuso y todos asintieron moviendo la cabeza

- Una cosa que estaría bueno empezar a hacer, es armar un frente barrial, para reclamar las cosas que queremos acá en el barrio. Los funcionarios, ni bien asumen, se olvidan de los problemas del barrio, y nosotros tenemos que estar en la calle, hablando con los vecinos, caminando el barrio, porque no nos van a venir a dar nada si no nos movemos.- dijo Silvia

- Hay que pro- tes- tar- dijo el narigón, integrante de la cooperativa y marido de Silvia-. Si las cosas no nos gustan, si no llegamos a fin de mes, tenemos que reclamar

- Otra cosa que podemos hacer como cooperativa- agregó Silvia- es que si no tenemos insumos, podemos hacer una huerta, yo lo estuve hablando ahí con las chicas, podemos hacer dos, tres huertas en distintas casas. Todos sabemos hacerlo porque alguna vez lo hemos hecho, y tener unos tomates, unos morrones...

La conversación continuó entre preocupaciones por la situación actual de los precios de los alimentos y especulaciones acerca de cómo treparían en los próximos meses los valores del kilo de morrón y de tomates.

“La cooperativa, si bien es una cooperativa, es una cooperativa social. Así que todo tiene que estar siempre pensado en conjunto con lo político”, dijo Silvia para ilustrar la importancia de que en el espacio de trabajo se discuten esos problemas cotidianos y se busquen alternativas para paliar las problemáticas económicas.

En una charla corta pero operativa, los/as integrantes de Juntos Podemos organizaban el día de trabajo y planificaban perspectivas a futuro. Las ideas acerca de qué actividades emprender y que proyectos llevar adelante solían fluir con facilidad y a veces se diversificaban.

Unas semanas después, la cooperativa se encontraba limpiando y despejando un terreno al lado de la casa de Silvia. Cuando ingresamos a su vivienda, ella me fue contando cómo había adquirido los muebles que allí se encontraban. Un juego de comedor que le había comprado en cuotas a alguien que vendía puerta a puerta, un par de sillones encontrados en la calle y puestos en condiciones, unos estantes que ella misma había elaborado con sobrantes de madera.

- Nosotros, al hacer refacciones sociales de viviendas, algo que sabemos es que en la casa de los pobres, nunca hay muebles. Eso es lo próximo que tendríamos que hacer con la cooperativa, empezar a construir muebles-me comentó con seguridad

La refacción de casas estaba dejando como saldo una nueva proyección, la de construir también mesas, sillas, armarios y estanterías. Mientras ella y sus compañeras sacaban la basura y ponían en condiciones el terreno que una vecina había ofrecido para que se desarrollen algunas actividades del merendero, se seguían entretejiendo perspectivas a futuro. Silvia era quien promovía buena parte de los proyectos. Se ocupaba también de motorizar espacios internos de formación y de llevar adelante reuniones periódicas en las cuales se discutían aspectos de la actualidad. Silvia se define como una militante peronista y, ligada al Movimiento Evita desde que éste se fundó en el 2006, ya había participado anteriormente del Movimiento de Trabajadores Desocupados.⁴ Los comienzos de su militancia se remontan a su adolescencia, cuando junto a su madre formaron parte de un proceso organizativo en el barrio que habitaban en San Miguel. En ese entonces, realizaron actividades solidarias y festivales en centros de jubilados y Silvia fue participando de interacciones con el gobierno municipal, en pos de demandar recursos que eran necesarios en su barrio- mercadería, colchones, ropa, chapas y otros materiales de construcción-. Esta primera experiencia de participación en un proceso organizativo barrial, puso a Silvia en contacto con referentes del Partido Justicialista de la zona. En la actualidad, además de presidenta de la cooperativa Juntos Podemos, Silvia es vendedora ambulante en el ferrocarril y referente de la agrupación “Vendedores Unidos del Tren San Martín”, perteneciente a la Rama de Trabajadores de los Espacios Públicos de la CTEP. Su esposo, el Narigón, padre de sus dos hijos más chicos, comparte con ella además de la cooperativa, el trabajo como vendedor y su involucramiento en la CTEP.

Conocí a Silvia en junio de 2016, por medio de mi directora que desarrolla un trabajo de investigación colaborativa con la rama de trabajadores de los espacios públicos. Desde un primer momento, Silvia compartió conmigo generosamente una parte de su cotidianidad. Entre viajes en colectivo y caminatas por el barrio, ella me fue relatando algunos aspectos fundamentales de su trayectoria de vida y contándome la historia de la cooperativa: “Nosotros tuvimos que inventarnos nuestro propio trabajo- me relató una de las primeras veces que conversamos- No nos bajan material para trabajar y después si te ven sin trabajar, tienen una excusa para sacarte el plan!! Entonces lo que nosotros hicimos es generarnos nuestro propio trabajo, dedicarnos al mejoramiento de viviendas. Vamos yendo a las casas de los compañeros que necesitan arreglar, y tal vez pueden pagar los materiales de a poco pero no les alcanza para la mano de obra, que es lo más caro”.

“Inventarse el trabajo” supone en este caso construir acciones realizadas por y para el barrio que sean durables por fuera de la jornada laboral. Las “refacciones sociales”, expresión con la que Silvia sintetizaba su trabajo actual haciendo arreglos en viviendas, constituían para ella y sus compañeros/as un trabajo mucho más gratificante que otros realizados en el pasado, como barrer y limpiar espacios públicos. Muchas veces, ella se refirió a este trabajo como un trabajo “más productivo” y estaba convencida de que era importante que otros reconozcan la importancia de esa tarea. Según reconstruyó Silvia, en la etapa inicial de

⁴ El Movimiento Evita es una organización política y social de alcance nacional que se formó en el año 2002, en un contexto de crisis social y económica en el país. La creación del movimiento surge a partir de la división de una corriente incluida en el Movimiento de Trabajadores Desocupados. El trabajo territorial del Movimiento Evita se organiza a través de los diferentes distritos y en relación a áreas de trabajo que toman la forma de frentes y secretarías, tales como el frente de mujeres, la campaña nacional contra la violencia institucional, la juventud peronista, entre otras.

la cooperativa, hacía aproximadamente 8 años, se dedicaban a barrer las veredas del barrio, tarea que rápidamente identificaron como “menos productiva”: “Limpiábamos y enseguida se volvía a ensuciar. En un punto, era serle de sirviente al vecino y no promover que el vecino se haga cargo de su mugre, del perro que ensucia, de las hojas”

La primer vivienda que construyeron con la cooperativa fue la de una señora mayor a quien habían llegado por medio de la trabajadora social de la salita del barrio. Ella había obtenido un subsidio habitacional con el cual comprar materiales pero que no alcanzaba para la mano de obra. Los integrantes de Juntos Podemos aceptaron la propuesta de colaborar en la construcción de su vivienda y estuvieron hasta los últimos días de diciembre levantando una casa de material donde antes había una casilla de chapa y madera: “Terminamos de construir su casa un 31 de diciembre, para que empiece año nuevo con casa nueva. La viejita estaba re agradecida y nosotros felices”, me dijo Silvia con una amplia sonrisa y brillo en los ojos. A partir de esa experiencia inicial, los/as integrantes de Juntos Podemos se fueron especializando en el rubro de construcción. Algunos de ellos contaban con antecedentes de trabajo como ayudantes de albañiles y fueron transmitiéndole al resto sus conocimientos. Si bien las posibilidades de realizar su trabajo encontraban habitualmente los límites de la disponibilidad de materiales para las obras; la construcción y refacción de viviendas pasó a ser la tarea más común de la cooperativa.

“Yo siempre lo digo, para mí construir las casas de los compañeros es algo que me da satisfacción, poder ayudarlos a que vivan mejor y que se ahorren unos pesos en mano de obra y con esa plata que compren tal vez unos ladrillos más”, dijo el narigón durante una jornada de formación. Estábamos haciendo un ejercicio con fotos y en la televisión del living de su casa se proyectaba una imagen de ellos levantando una pared. “Para mí, lo que se ve ahí, es unión”, sintetizó Susana analizando la misma imagen.

Desde distintos puntos de vista, la construcción y refacción de viviendas tenía para ellos/as relevancia en tanto les permitía orientarse hacia satisfacer necesidades cotidianas de ellos mismos y de sus vecinos, “mejorando” las vidas. Afirmando que se trataba de acciones “más productivas”, Silvia sostenía un modo de definir “lo productivo” que sobrepasaba las definiciones construidas desde la lógica del programa estatal. Un intercambio entre ella y un funcionario resulta esclarecedor al respecto de este asunto. A mediados del año 2016, a menos de un año de la asunción de la Alianza Cambiemos en la gestión del estado nacional y en medio de un clima de incertidumbre acerca de la continuidad de los programas estatales con el nuevo gobierno, las cooperativas fueron convocadas a una jornada de “actualización de datos”⁵. En esa jornada, quienes asistieron fueron advertidos acerca de la importancia de que pusieran en marcha proyectos productivos, lo cual eventualmente se podría convertir en una condición para continuar en el Programa. En diálogo con el agente estatal que se estaba ocupando de realizarles la encuesta de “actualización de datos”, Silvia comentó los proyectos que llevaban adelante desde su cooperativa. Habló de la refacción de viviendas y de las huertas comunitarias. “A nosotros lo que nos gustaría es que nos den capacitación en *compost* orgánico, para poder hacer una producción agro ecológica” dijo. El funcionario estatal se mostró interesado en este punto y agregó que las verduras orgánicas podían ser comercializadas con facilidad ya que se estaban vendiendo a precios muy elevados en los *countries* de Pilar. Silvia me relató ese intercambio sin disimular indignación. “¿Por qué tiene que ser para los ricos? ¿Por qué la gente pobre no puede comer verdura de buena calidad, sin pesticidas? Todo me lo quería llevar para el lado de venderlo, de hacer plata, y yo quiero que hagamos para la gente del barrio”.

El intercambio reconstruido en el párrafo anterior evidencia los modos diferenciales en que Silvia y el funcionario estatal cargaban de contenido a dicha exigencia. El funcionario estatal priorizaba la ejecución de proyectos cuyos productos pudieran venderse a un buen precio y en este sentido sugería como posibles consumidores a personas de altos ingresos residentes en los *countries* de la zona. En contraste con esta definición, las prácticas cotidianas de la cooperativa interpelaban la categoría de producción y ampliaban sus límites, incorporando la importancia poder hacer un trabajo que sea con y para el barrio y que sea durable más allá del tiempo de la jornada laboral. Barrer la vereda no era algo tan productivo como construir casas ya que los resultados solían borrarse con facilidad. Llevar adelante huertas familiares o comunitarias constituía algo productivo en tanto permitía transmitirle un conocimiento al vecino y favorecer el consumo de productos de mejor calidad. Implicaba colaborar en la organización del barrio, y perseguía el fin último de ir

⁵ Periódicamente, las cooperativas del PRIST deben realizar un “reempadronamiento” en el cual se actualizan los datos de sus integrantes y los/as cooperativistas responden una encuesta en las que se les pide opinión acerca de algunos aspectos del programa y se les pregunta qué proyectos les gustaría llevar adelante.

involucrando a los vecinos en algunas de las luchas de la organización.⁶ Esta gran diversidad de prácticas solían ser resumidas en una acción que escuché recurrentemente durante el tiempo que vengo pasando en la cooperativa: construir. Construir para el barrio o tener construcción barrial era, por un lado, ser reconocidos como una cooperativa que tenía vínculos estrechos con sus vecinos. “Tener construcción” era una cualidad muy ponderada entre sus integrantes, un horizonte común al cual aportaban los numerosos proyectos en ejecución y en vías a ser desarrollados. “Construir”, no sólo viviendas sino la organización misma de los barrios en que habitaban, implicaba un conjunto de acciones que solían desarrollarse en las casas. La cooperativa reclamaba en sus acciones la consideración de una serie de prácticas -el mantenimiento de las viviendas y la producción de alimentos para el consumo familiar, entre otros- como relevantes y hasta “productivas”. De esta manera se desafiaba la habitual oposición entre aquellas acciones orientadas hacia la “producción”, en tanto implicasen la generación de bienes y servicios a ser intercambiados en el mercado y las que perseguían como fin la reproducción de la vida, definidas habitualmente como trabajo “doméstico” o “reproductivo”.

Desde el feminismo se han realizado interesantes aportes que contribuyeron a problematizar aquellas dicotomías propuestas para pensar la economía, como las de trabajo productivo y reproductivo. Estas miradas han puesto en el centro del análisis a las formas en que las sociedades resuelven el sostenimiento de la vida humana (Carrasco, 2003), proponiendo ubicar al proceso de reproducción social en relación con el de producción (Picchio, 2005). Partiendo de la afirmación que la vida humana- siempre vulnerable y precaria- se sostiene necesariamente gracias a redes de interdependencia (Yayo Herrero, 2013), estas miradas invitan a pensar a la economía más allá del sujeto masculino, autosuficiente y centrado en el mercado (Pérez Orozco, 2014). Específicamente, Pérez Orozco plantea la necesidad de visibilizar la amplitud de procesos y trabajos que son necesarios para mantener la vida, desbordando modelos binaristas. La oposición entre trabajo productivo y reproductivo, trae consigo la jerarquización de aquellas actividades asociadas a lo masculino, el espacio público y la remuneración. Así, ubicar al sostenimiento de la vida en el centro del análisis, permite poner en suspenso estas oposiciones jerárquicas, para poner en práctica una mirada transversal que permita observar la “interacción dinámica entre ambas esferas y su entretreído” (2014:47). Esta mirada reconoce que las fronteras entre el mundo del trabajo y otras actividades vitales no son nada evidentes y tienden a ser cada vez más difusas.

En el caso de la cooperativa Juntos Podemos, sus prácticas cotidianas ponen de manifiesto la necesidad de desarrollar arreglos colectivos para “mejorar” las vidas y satisfacer necesidades propias y ajenas. En este sentido, la “invención” del trabajo de la cooperativa y el señalamiento del carácter productivo del mismo, supone mucho más que construir alternativas laborales o resolver problemas concretos. Sus actividades resultan una interesante oportunidad para repensar los límites de la categoría producción, en tanto reivindican la invención de trabajo- productivo- como un conjunto de acciones que son realizadas en los hogares y que tienen como fin último no solo resolver necesidades, sino también mejorar las condiciones de vida. Lo que se llevan adelante no son solamente un conjunto de acciones específicas que componen el “objeto social” o “proyecto productivo” de la cooperativa, como podría leerse desde la lógica estatal. En el día a día, se construye un estado de atención hacia las necesidades de quienes participan de la cooperativa y sus vecinos. En el ir y venir de proyectos e ideas, se buscan mejoras concretas, como el consumo de alimentos de calidad, o el acceso a viviendas más dignas pero también se “inventan” nuevas modalidades para satisfacer necesidades futuras. Los proyectos se entrelazan entre sí, de la refacción de viviendas a la construcción de muebles; del desarrollo de huertas comunitarias, a las perspectivas de alcanzar una producción agroecológica. Se trata de un trabajo que muchas veces es realizado en las casas y cuya productividad reside en la posibilidad de mejorar vidas. Al decir de Pérez Orozco (2014), esta construcción pone en evidencia la necesidad de pensar a la economía más allá del ideal de autosuficiencia impuesto por el mercado, atendiendo a las redes de interdependencia que hacen posible sostener la vida. Las acciones cotidianas de Juntos Podemos constituyen formas colectivas de resolver la interdependencia. En unir y venir de proyectos que se diversifican cotidianamente, sus acciones dan cuenta de la porosidad de las fronteras entre aquello que es considerado trabajo y las prácticas orientadas hacia la satisfacción de las necesidades vitales.

⁶ La propuesta de comenzar a desarrollar huertas en las casas se nutría del trabajo conjunto que la CTEP tiene con el MOCASE y el MNCI. Silvia había tenido la posibilidad de realizar viajes- a Santiago del Estero y Brasil- en donde se había interiorizado acerca de “las problemáticas en torno a la tierra y los agrotóxicos”. A partir de estos aprendizajes y retomando una vieja costumbre de su familia, ella propuso hacer de esa actividad otro proyecto para la cooperativa. A través de las huertas comunitarias, procuraban no sólo satisfacer sus necesidades alimenticias, sino también “transmitirle a los vecinos los beneficios que hay en la tierra”.

En su análisis de la construcción de demandas por derechos para los trabajadores de la economía popular llevada adelante desde la CTEP, María Inés Fernández Álvarez (2016) se ha detenido en analizar los modos en que durante este proceso de construir reivindicaciones, se disputan e imaginan nociones de bienestar. A partir de una investigación etnográfica colaborativa con la Rama de Trabajadores del Espacio Público dentro de la confederación, la autora señala que durante este proceso de construcción de demandas, se interpelan los sentidos sociales e históricos del trabajo asalariado. Según la autora, la construcción de reivindicaciones- como el acceso a mejores condiciones de trabajo y a una vida digna- implica por un lado afirmar “el derecho al trabajo” y al mismo tiempo remarcar el carácter excepcional del trabajo asalariado en la actualidad. De este modo, la construcción política de la CTEP invita a pensar formas alternativas de construcción de bienestar que contemplen a aquellos sectores de la población que fueron expulsados del mercado de trabajo. En estos procesos, dice la autora, “el trabajo asalariado (estable y protegido) opera menos como “paraíso perdido” al que retornar y más como un horizonte desde el que disputar derechos” (2016:19). Estos planteos proponen una interesante clave analítica para pensar también las prácticas de la cooperativa Juntos Podemos. Mediante una multiplicidad de acciones y “proyectos” se persigue el horizonte de alcanzar bienestar para quienes habitan los barrios de los/as cooperativistas, en un contexto en el cual el mercado de trabajo no ofrece alternativas para reproducir la vida y los ingresos monetarios provistos por los programas sociales no alcanzan para cubrir todas las necesidades. Así, retomando los aportes de la autora, podemos decir que la construcción cotidiana de aquellos que participan de Juntos Podemos se orienta no sólo hacia cubrir necesidades insatisfechas, sino que implica además la proyección y disputa de bienestar. Las prácticas analizadas invitan a pensar a los procesos de construcción de bienestar en tanto horizontes que se construyen día a día y que se van ampliando e incorporando elementos nuevos, como el consumo de productos agroecológicos o el acceso a muebles. El carácter productivo de las actividades realizadas es entonces construido a partir de estas posibilidades de “mejorar” las vidas y crear bienestar.

A modo de cierre

La primera vez que Silvia me invitó a acompañar una jornada de su cooperativa, me dijo que se reunirían en el “polo productivo”, pero que me esperaría en una esquina cercana a la estación de Derqui, para luego ir juntas hacia allí. Yo estaba intrigada por conocer “el polo” y sólo un rato más tarde, comprendí que ese espacio estaba localizado al fondo de su vivienda. El polo productivo era un galpón de chapa y madera en donde guardaban las herramientas que pertenecían a la cooperativa: un conjunto de palas, picos, rastrillos y otros instrumentos de construcción que habían recibido por medio del programa hacía ya varios años. A lo largo del tiempo, fui observando que una gran parte de las actividades de la cooperativa se realizaban en la vivienda de Silvia. Era el lugar de las reuniones, las jornadas de formación y el punto de encuentro para organizar el trabajo y dirigirse luego a otras casas donde realizar las refacciones. Durante un tiempo, allí mismo se gestionó el merendero, que luego pasó a desarrollarse en la casa de otras mujeres habitantes del mismo barrio. Silvia invertía esfuerzos sistemáticos en intentar separar los espacios de su casa, en donde sus hijos desayunaban, hacían las tareas y se preparaban para ir al colegio, de aquel “polo productivo”, emplazado en una parte del terreno de su vivienda, que ella y su marido habían cedido para que la cooperativa tuviese un espacio. En la práctica, los límites de los espacios se hacían difusos y muchas veces, el frío y las necesidades de usar el baño o la cocina, nos devolvían a la sala de la casa de Silvia.

Estas primeras impresiones me fueron llevando a posar mi atención en el modo en que se ponía en evidencia la porosidad de los límites entre lo productivo y lo reproductivo. La afirmación, hecha por algunos integrantes de la cooperativa, de que las “refacciones sociales” eran un trabajo “productivo” en tanto permitía “mejorar las vidas” de los compañeros, me llevó a pensar que la “invención” de este trabajo interpela la noción misma de “producción”, ensanchando sus límites. Recuperando los aportes del feminismo, mi análisis procuró resaltar la importancia de repensar esquemas binaristas o heteronormativos que suelen aplicarse en el análisis de la economía (Pérez Orozco, 2014). La experiencia de la cooperativa Juntos Podemos pone en evidencia el modo en que la puesta en marcha de un proyecto- productivo- supone necesariamente la realización de actividades orientadas hacia el cuidado de la vida. Remarcar la importancia de todas estas acciones desplegadas en pos de reproducir la vida y resolver las necesidades de inter dependencia, abre camino a interpelar la categoría de producción y a continuar reflexionando acerca del modo en que se distribuyen los trabajos entre hombres y mujeres. Para avanzar hacia el sostenimiento de relaciones de género más igualitarias, resulta necesario profundizar en el análisis del modo en que los y las integrantes de la cooperativa resuelven las necesidades de cuidado de los miembros de su familia. Las formas en que se

encara la provisión de cuidados tienen implicancias significativas para el logro de la equidad de género, ya que se trata de actividades que suelen asociarse a lo femenino (Esquivel, Faur y Jelin, 2012; Arango Gaviria, 2011; Carrasco, 2011). Las políticas sociales destinadas a sectores considerados “vulnerables” muchas veces se diseñan desde una lógica que naturaliza la asociación entre mujer y cuidados, incurriendo en una sobrecarga de trabajo para las “beneficiarias” (Molyneux, 2007; Pautassi, 2013; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013, 2015; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014). Como ha sido señalado en otros estudios al respecto de diversas experiencias de organización colectiva (Fernández Álvarez, 2006, Fernández Álvarez y Partenio, 2013; Espinosa, 2013), resulta frecuente que las mujeres de sectores populares encuentren dificultades para compatibilizar los tiempos de trabajo y participación en organizaciones sociales con aquellos destinados al cuidado de sus hijos/as. En el caso que vengo analizando, vale la pena destacar que eran mayormente las mujeres quienes debían acudir a jornadas de trabajo junto a sus hijos/as o aprovechar el horario de almuerzo para ir a retirarlos/las del colegio. Esta dificultad se hacía mayor en el caso de aquellas que tuvieran a su cargo niños/a de muy corta edad, que aun no asistían a instituciones educativas. Problematizar los límites entre la producción y la reproducción hace posible abordar la participación de mujeres en estas cooperativas incorporando en el análisis a las asimetrías de género presentes en las dinámicas familiares. Como ha sido sugerido en otros trabajos, el mapeo de las actividades que los y las integrantes de un espacio colectivo realizan fuera del trabajo resulta de suma importancia para avanzar hacia la problematización colectiva del acceso a información relativa a la organización social del cuidado (Partenio, 2016). La forma en que se organizan y distribuyen tareas durante el trabajo cotidiano de la cooperativa en análisis resulta otro aspecto de especial importancia para seguir indagando. Si bien el “proyecto productivo” de Juntos Podemos implica de modo recurrente que mujeres y hombres se involucren en oficios considerados tradicionalmente masculinos- como la construcción-; existen otras tareas- como cocinar o servir la merienda a los niños y niñas- que son mayormente realizadas por mujeres. Continuar indagando en torno a cómo se distribuyen los trabajos entre hombres y mujeres y cómo se resuelven las necesidades de interdependencia hace posible repensar los supuestos familistas que se encuentran en la base de la formulación de los programas sociales e interpelar la definición de lo “productivo” como aquello desvinculado del cuidado que suele mediar las interacciones con funcionarios estatales.

Las reflexiones en torno la categoría “producción” cobran especial relevancia en el análisis de la gestión cotidiana del Programa de Ingreso Social con Trabajo. La exigencia de que se desarrollen proyectos “productivos” se ha venido presentando como un requisito que, si bien no está formalmente establecido, suele mediar las relaciones entre las cooperativas y el Estado. La puesta en marcha de este tipo de proyectos es muchas veces significada por beneficiarios/as y funcionarios estatales como una forma de mostrar “iniciativa” y “voluntad de trabajo”. Como ha sido señalado por distintos estudios, las cooperativas del Argentina Trabaja enfrentaron muchas veces la estigmatización de la opinión pública y valoraciones tensionadas por parte de sus vecinos (Maneiro, 2015; Nardin, 2015; Hopp, 2016; Pérez Butti y Barbetti, 2016). En los discursos de políticos y periodistas se ha asociado frecuentemente al “Argentina Trabaja” a la imagen de “vagos” que “no quieren trabajar” o “les pagan por no hacer nada”. Durante el trabajo de campo realizado hasta aquí, escuché muchas veces resaltar la importancia de poder mostrar y comunicar los trabajos realizados por las cooperativas, aspecto para el cual el registro fotográfico de situaciones cotidianas ocupaba un lugar predominante. Difundir el trabajo realizado era importante en tanto contribuía a construir y sostener la asociación de las personas que participaban de la cooperativa, con una imagen pública que se distancie de aquellas miradas negativizantes. En el caso que he venido analizando, la productividad constituye no solo una exigencia o requisito que se posa sobre la cooperativa, modelando las prácticas. Mediante sus prácticas cotidianas, la cooperativa se apropia y al mismo tiempo reescribe el contenido de estos supuestos normativos. Afirmarse como una cooperativa cuyo accionar se orienta hacia conseguir “mejoras en las vidas” de los vecinos; puede ser pensado como un modo de responder a aquellos discursos que estigmatizan a quienes reciben asistencia del Estado.

Bibliografía

- Anzorena, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado: Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza: Ediunc.
- Anzorena, C. (2015). ¿Qué implica la protección social para las mujeres? Un análisis feminista de las políticas sociales y de igualdad en Argentina. *OXÍMORA*, 99- 118.
- Arango Gaviria, L. G. (2011). "El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional? En L. G. Arango Gaviria, & P. Molinier, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 91- 109). Medellín: La carreta.
- Barbetti, P., & Butti, F. (2016). El Programa ingreso social con trabajo. Implementación y significaciones construidas por los sujetos participantes. En A. M. Perez Rubio, & P. Barbetti, *Políticas sociales, significaciones y prácticas* (págs. 107-128). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres? En M. Leon T, *Mujeres y trabajo, cambios impostergables* (págs. 11- 49). Porto Alegre: Veraz Comunicação.
- Carrasco, M. (2011). "La economía del cuidado: planteamiento actual y desafíos pendientes". *Revista de Economía Crítica*(11), 205- 225.
- De Sena, A. (2014). "Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales". En A. De Sena, *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológica de las políticas sociales"* (págs. 99- 126). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora,.
- Espinosa, C. (2013). "Malentendidos productivos: 'Clivaje de género' y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina". *La ventana*, 4(37), 289- 323.
- Esquivel, V., Faur, E., & Jelin, E. (2012). "Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y estado". En V. Esquivel, & E. y. Faur, *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado* (págs. 11- 44). Buenos Aires: UNICEF- IDES.
- Fernández Álvarez, M. I. (2006). - "Cuidar la fábrica, cuidar a los hijos. Roles de género, trabajo y acción colectiva a partir de un proceso de recuperación de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires". *RUNA*(26), 7- 26.
- Fernández Álvarez, M. I. (2013). "Mujeres y movimientos sociales en América Latina: debates, alcances y encrucijadas de la participación de las mujeres en acciones colectivas". En N. Pena, & B. y. Pereyra, *Desarrollo y derechos de las mujeres. Participación y liderazgo en organizaciones comunitarias* (págs. 47- 68). Buenos Aires: Ciccus.
- Fernández Álvarez, M. I. (2016). Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Buenos Aires*.
- Fiszman, L. (2016). Apuntes sobre el campo político. El caso del Programa Ingreso Social con Trabajo en un municipio del conurbano sur de Buenos Aires. *II Congreso de Economía Política : neoliberalismo o proyecto popular y democrático en Argentina y Latinoamérica*. Quilmes: Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Herrero, Y. (2013). Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista de Economía Crítica*(16), 278- 307.
- Hopp, M. (2016). Potencialidades y límites del Programa Argentina Trabaja en dos barrios populares del conurbano bonaerense. *DAAPGE*, 27, 7 - 35.
- Hopp, M., & Frega, M. (2012). Trabajo asociativo y políticas sociales: Tensiones y potencialidades en la experiencia de implementación del Programa "Argentina Trabaja". *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 2(3), 72- 81.
- Maneiro, M. (2015). "Representaciones sociales sobre el Programa Argentina Trabaja en las clases populares urbanas". *Katál*, 18(1), 62- 73.
- Molyneux, M. (2007). "Change and continuity in Social Protection in Latin America Mothers at the Service of the State?". *Gender and Development Programme Paper 1* .

- Nardin, S. (2015). "Como echarle agua al mar alteridades y distinciones en un movimiento de trabajadores desocupados ". *Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo*. Mendoza.
- Natalucci, A. L. (2012). Políticas sociales y disputas territoriales. El caso del programa Argentina Trabaja. *Perspectivas de Políticas Públicas*(3), 1- 26.
- Partenio, F. (2016). Repensando la sustentabilidad desde una mirada feminista: reflexiones y estrategias que articulen la producción y la reproducción en las prácticas de economía social y trabajo asociativo. En A. Santillana Ortiz, (eds. para DAWN) *Vinculando la justicia de género, económica y ecológica: perspectivas feministas desde América Latina* (págs. 58- 93). Suva, Fiji: DAWN.
- Pautassi, L. (2013). "El trabajo de cuidar y el derecho al cuidado. ¿Círculos concéntricos de la política social?". *Revista Cátedra Paralela*(10), 65- 92.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérsico, E., & Grabois, J. (2014). *Cuaderno de formación N 1 y N 2 "Organización y economía popular: nuestra realidad"*. Buenos Aires: CTEP - Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular.
- Picchio, A. (2005). "La economía política y la investigación sobre las condiciones de vida". En M. Mayordomo Rico, & G. C. Céspedes, *Por una economía sobre la vida. Aportaciones desde un enfoque feminista* (págs. 17- 34). Barcelona: Icaria.
- Rodriguez Gusta, A. L. (2013). "¿Destinatarias emprendedoras o beneficiarias dependientes?: Segmentaciones discursivas en la implementación municipal de una política social en la Argentina" |. *Cuadernos de Antropología Social*(37), 137- 169.
- Zibecchi, C. (2013). *Trayectorias Asistidas Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Buenos Aires: Eudeba.